



La noche del lunes en Bellas Artes, uno podía cerrar tranquilamente los ojos, olvidar la publicidad, el glamur, la maldad en el mundo y todo referente con nombre y apellido, y saber, sin ninguna duda, que quien estaba sentado delante del telón de cristal no era otro que el maestro Yo-Yo Ma, haciendo cantar a su instrumento, tan lleno de gracia y de misterio. La pianista Kathryn Stott puso al mismo nivel de estallido pasional el accionar de su teclado. Fue un concierto inolvidable ■ Carlos Somonte